

amándote con todo el corazon, con todas mis potencias.

Y Matilde y María se estrecharon fuertemente, elevando sus ojos al cielo, desde donde bendecia su amorosa madre los nobles sentimientos de sus adoradas hijas.

En aquel momento se oyó en la calle la voz de un hombre que anunciaba el papel donde se daban noticias detalladas de la accion dada por Armijo, con los nombres de los oficiales muertos en ella.

María, ansiosa de salir de aquella insoportable incertidumbre que le mataba, se desprendió de su hermana, se asomó al balcon, llamó al hombre que vendia el pliego, y poco despues fijaba temblando sus centellantes ojos sobre las impresas líneas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1623 MONTERREY, MEXICO

## CAPITULO XX.

La defensa.

Lejos Rossi de perder su valor y su presencia de espíritu al verse acusado por Enrique, manifestó tal firmeza y tan vivo interes en que terminara pronto el asunto por el cual habian interrumpido su marcha, que hizo creer á la mayor parte, que la acusacion era injusta.

—Se me acusa, dijo, de haber sacado de la casa paterna á una jóven: ¿dónde están los que me vieron entrar en la habitacion de esa persona? ¿por qué no se me presentan? ¿Es suficiente el simple dicho de un hombre para condenar á otro? ¿Quién no ve en esta ridícula acusacion, no la convic-

cion de probarse un delito, sino una venganza infame de partido? Todo el mundo sabe que mis ideas políticas están en contraposición con las de mi acusador: ambos hemos militado siempre en distinta bandera: nos hemos hecho una guerra á muerte, y hasta hemos sido enemigos personales. ¿Y no vierten todas estas circunstancias, la sobrada luz para probar hasta la evidencia, la bastarda procedencia de su acusación? Preciso es ser miope en tramas de venganza, para desconocer la mala fe que guía á mi contrario.

Pero aun hay mas, señores: el crimen dicen que se cometió el año 28, y se acuerdan de la acusación en el de 32, es decir, á los cuatro años. ¿Y á qué se ha esperado tanto tiempo? ¿No habia tribunales de justicia en el pasado gobierno? Pero aun suponiendo, sin conceder, que hubiese cometido yo ese decantado rapto, arrastrado de una pasión violenta, ¿quién es el que me acusa? ¿Ella?... ¿su padre?... ¿algún hermano?... ¿algún pariente?... ¿su marido acaso...? Nada de esto: quien se atre-

ve á hacerlo es un hombre que la visita con mas frecuencia de la que acostumbran los que temen empañar la hora de las casadas dando lugar á perjudiciales murmuraciones. Probado, como queda, que una infame venganza personal es la que ha dado origen á que se me impida marchar á donde lo reclaman mis intereses, pido que se me deje andar libre en la población, bajo la responsabilidad de tres personas abonadas que respondan de mí, para que pueda dar los pasos necesarios en mi defensa, y no me vea burlado por los viles manejos de quien ha formado empeño en deshacerse de tan indigna manera de un hombre apreciado en la sociedad.

Enrique contestó á las observaciones de Rossi con el lenguaje de la verdad, y con el comedimiento de una persona bien educada: pero como la acusación la habia hecho officiosamente y sin consultar con el parecer de Pilar, aplazó la hora de la prueba para otro dia, pidiendo se le negase á Rossi la gracia de permanecer libre en la ciudad, no porque desconfiase de salir triunfante de

la acusacion entablada, sino porque temia se ausentase, comprometiendo las firmas de las personas que saliesen responsables de él.

—La absurda pretension de mi acusador, bastaria á probar, si otras razones no hubiera, el decidido empeño que tiene en satisfacer una ruin venganza, queriendo coartarme toda accion en mi defensa. ¿Es acaso de un delito de muerte del que se me acusa, para que se lleve el rigor hasta el extremo que solicita mi implacable enemigo? ¿Es de un crimen de lesa-nacion? Nada de eso: se trata de un raptó cometido hace cuatro años; de un raptó y nada mas, señores: ¿y cuáles son las pretensiones de mi acusador? ¿Que devuelva su buen nombre á esa jóven? Pero es el caso que, como he dicho antes, está casada, y segun tengo entendido, en México no está permitido que una mujer tenga dos maridos. De esta manera—añadió sonriéndose con ironía—aun cuando yo fuera efectivamente el raptor, que lo niego, pero afirmando lo fuera, repito, y tratase de devolverle su buena reputacion y fama

casándome con ella, ni los jueces lo permitirian, ni ella lo consentiria, ni la Iglesia lo toleraria.

Los circunstantes se sonrieron, y Enrique se mordi6 los labios.

—Pido, pues—añadió Rossi con desenfado—que se deseche por injusta la peticion de mi contrario, y que se me permita vivir en la ciudad para atender á mi defensa, dando, como he dicho, tres fiadores que respondan de mi persona.

Enrique, conociendo que insistir en la pretension de privar de la libertad á Rossi, era dar márgen á que tradujeran siniestramente su noble intento, convino al fin en que diese tres fiadores, aunque resuelto interiormente á vigilar sobre él.

—No quiero, dijo, que se atribuya á miras innobles mi acusacion: obre libremente el señor Rossi; pero tenga entendido de que está engañado si abriga la esperanza de burlar mi vigilancia. Desde este instante permanecerá una órden de prisi6n para él, en los cuerpos de guardia que guardan las distintas puertas de la ciudad, para que le

arresten en el instante que trate de salir de la capital.

Rossi se sorprendió con aquellas palabras, pero supo disimular con tal maestría su turbacion, que nadie advirtió en ella.

—Veo, dijo sonriendo, que es vd. mas propio para agente de policia que para abogado.

Enrique no quiso contestar á las palabras de Rossi, y se ciñó á pedir que presentase los tres fiadores que habia prometido.

Cien personas de la comunión política de Rossi, se prestaron en el acto á dar su firma, creyéndole mártir de su adhesión á la causa de la libertad.

Rossi manifestó su gratitud á sus correligionarios, y acompañado de varios de ellos, se dirigió á su casa, revolviendo en su mente la manera de nulificar la acusación de Enrique, y de ponerse en salvo, antes de que llegase la noticia de la prision del general Guerrero.

—Señores—dijo á los que le acompañaban al llegar á la calle de Banegas donde se habia mudado—si gustan vdes. entrar,

tendré la satisfaccion de que pasemos juntos el rato, tratando de la marcha de nuestra causa política.

—Esta detencion, exclamó uno, puede entorpecer su curso.

—Por eso, contestó Rossi, es preciso que nos valgamos de todos los medios para facilitar mi marcha á Acapulco, donde me espera impaciente el general Guerrero. El gobierno teme verse vencido, y se ha valido de ese vano pretesto para impedir mi marcha.

—Sin embargo, el pretesto es tan fútil, que con él no logrará otra cosa que retardar unos instantes mas su caida.

—Señores—advirtió uno de los que habian permanecido callados—soy de opinion de que no permanezcamos en la calle reunidos; hay muchos que nos observan, y cualquier sospecha podria perjudicarnos en estas circunstancias. Por lo mismo, creo que será prudente entrar ó retirarnos.

—Como vdes. gusten.

Dijo Rossi.

—Nos iremos por ahí á adquirir noticias.

Repuso uno.

—Corriente.

Contestaron los otros.

—Adios, señor Rossi.

Agregaron poco despues.

—Adios, señores.

Y Rossi penetró en su habitacion, rugiendo de ira al verse detenido en los instantes mas críticos.

—Solo con su muerte—dijo al verse solo, y paseándose á largos pasos por la alcoba—puedo salvarme del peligro que me amenaza. Pero es preciso que sea pronto, mañana mismo. Pero ¿de qué medios me valgo para conseguirlo?... Enrique ha tomado todas las precauciones para que me impidan la fuga por las puertas de la ciudad.... Su muerte únicamente podria poner término á mi conflicto. ¿Y de quién echo mano?... Si encomiendo á otro la ejecucion, y cae en poder de la justicia, podria descubrirme, y entonces era perdido.... No; hagámoslo nosotros mismos; así el secreto quedará conmigo: despues, muerto el acusador, el acusado queda libre,

y puede ponerse en Veracruz antes de que se llegue á saber la manera conque ha sido preso Guerrero. No es el caso tan desesperado como creí al principio. Si estuviese libre Pedro.... en ese tengo confianza.... Gran cosa seria que recibiese la muerte del mismo que le sacó de la prision. Veremos. Y con él puedo hacerlo sin comprometerme: me basta despertar sus zelos, y entonces, á la vez que la justicia podrá atribuir la acusacion que ha formulado contra mí, á envidia por creerme favorecido de Pilar, juzgará su muerte como causa natural de la indignacion de un esposo que se cree ofendido.

Y Rossi acarició esta última idea como la mas conveniente, la mas propia y la menos comprometida. Unicamente le inquietaba el ignorar si tardaria uno ó mas dias en salir de la prision.

Sin embargo, resuelto de todas maneras á deshacerse de su acusador á todo trance, meditó varios proyectos, pulsó detenidamente sus ventajas y sus inconvenientes, y por último, satisfecho de algunos de sus

planes, se sentó tranquilo, pidió una taza de café con una copa de rom, sacó un puro, lo encendió, y se puso á fumar con la sangre fría de un hombre sin conciencia y sin corazón.

## CAPITULO XXI.

Disponer al mal.

Enrique habia cumplido su palabra, y Pedro hacia veinticuatro horas que estaba en libertad.

Contento de su ventura, y deseando celebrar aquel fausto acontecimiento de su vida, convidó á varios amigos á un dia de campo en Santa-Anita, en ese poético pueblecillo de indios, que parece brotado del pintoresco lago en que descansa, como la Vénus de la fábula nació de la espuma del mar.

Aunque la manera con que encontró adornada la accesoria dió pábulo á las sospechas

y á los zelos que habia despertado en su alma el anónimo escrito por Rossi, hizo un esfuerzo para ocultar su enojo hasta vencerse por sí mismo, de la verdad de la carta. Sin embargo, era poco diplomático para poder burlar la viva penetracion de Pilar, que descubria, al través de la aparente tranquilidad de su fisonomía, la inquietud y el disgusto que ocultaba en el corazon.

—¿Estás resuelto á ir á Santa-Anita?

Le preguntó la jóven viéndole disponerse para marchar.

—Sí, ya sabes que me esperan mis camaradas, y que no puedo faltar á mi palabra.

—¡Tus camaradas!...—dijo Pilar con marcada tristeza.—¡Ah Pedro! ¿es esto lo que me prometiste?... ¿Será posible que vuelvas á frecuentar esas peligrosas amistades que cambian los buenos sentimientos de tu alma?

Pedro hizo un gesto de disgusto.

—Mis amigos son tan buenos como el mejor, aunque no vistan levita.

Contestó secamente.

—¡Buenos!...

—¿Qué defectos les pones? ¿Qué no dicen esas palabras bonitas que á tí te gustan y cautivan?

—Las palabras, Pedro, son lo menos; lo mas, lo esencial son las obras, las virtudes del hombre.

—Siempre he visto que te ha repugnado tratar con mis amigos: ahora mismo has pretestado estar indispuesta, para no venir á Santa-Anita con nosotros, y eso no me gusta. No parece sino que te crees superior á todos porque sabes cuatro frases de la gente de *alto kirie*.

—Yo no me creo superior á nadie, Pedro.

Contestó Pilar rebotando de amargura su corazon.

—No te debes creer tampoco. Tú debes recibir con amabilidad á mis amigos, y espero que lo harás esta noche.

—¿Te empeñas en traerlos?

—Sí; quiero que el dia acabe con baile: basta ya de condescendencias contigo: es preciso que sepas que soy mas que tú: que dejes esos humos de señorita, y que conoz-

cas que te está muy mal esa repugnancia que manifiestas hácia mis camaradas, porque al fin todos ignoramos quiénes son tus padres.

Pilar sintió en su pecho una opresion aguda, causada por aquel inesperado ataque de Pedro: sus ojos se le llenaron de lágrimas; se acordó de la posicion que habia ocupado y de la que ocupaba: quiso volver por el limpio lustre de su nacimiento; pero considerando que cualquiera revelacion que hiciera, solo serviria para echar sobre el limpio apellido de su padre una mancha indeleble, exclamó con la mayor tristeza.

—¡Mis padres!.... ¡Mis padres! ¡Ah!... es verdad.... Nadie los conoce mas que mi corazon, mi corazon que les ama, mi corazon que se levanta al cielo para pedir á la que me dió la vida, ruegue á Dios por su desdichada hija!.....

Y los ojos de la jóven se cubrieron de lágrimas.

—Estoy seguro de que si fuese Enrique—dijo Pedro sin poderse contener por

mas tiempo—no dejarias de asistir al dia de campo.

—Porque ese hombre ha sido la Providencia para nosotros: porque ese hombre nos ha tendido una mano amiga en la desgracia, ha trabajado por mejorar tu suerte, ha conseguido tu libertad, y se propone protejerte.

—Respecto á la libertad, sé que no es á él á quien la debo.

—¿Pues á quién?

—Lo ignoro; y en cuanto á su proteccion, la desprecio, la odio, no la quiero.

—¿Por qué?

—Porque me avergüenza, me abochorna y me humilla.

Exclamó Pedro exaltándose por grados recordando el anónimo de Rossi.

Pilar quedó aterrada.

—Sí, me humilla—continuó Pedro.—La proteccion de los grandes, es la ignominia de los pequeños.

Y sin dar lugar á que Pilar le preguntase ni le hiciese observacion ninguna, se puso el sombrero *jarano*, se embozó en un lujoso



*forongo*, y salió á la calle, dejando á la desventurada jóven anegada en llanto, y lamentando su desdichada suerte.

—Pronto descubriré la verdad:—pensó interiormente—si ella se queda para recibir al hombre que se vende por protector, mi vuelta será tan inesperada como pronta y silenciosa.

Y Pedro se dirigió hácia el embarcadero de la *Viga* donde le esperaban sus amigos.

Preocupado iba en sus desgarradoras ideas, cuando al cruzar la calle de *Banegas*, oyó que le llamaban del balcon de una casa. Dirigió la vista hácia el sitio de donde salia la voz, y vió á *Rossi* que le hizo seña con la mano, de que subiese.

Pedro entró en el edificio, y el sardo, cerrando la puerta de su alcoba, le ofreció una silla, y se sentó á su lado.

—Veo que me han servido mis amigos—dijo *Rossi*, con cierto aire de satisfaccion y de importancia.—Creí que el cambio de gobierno hubiera cambiado tambien sus corazones; pero noto con gusto que me he en-

gañado, viendo que han puesto á vd. en libertad como me habian ofrecido.

—¡Cómo!.... ¿es vd. la persona tal vez á quien se referian en un anónimo que me enviaron estando en la *Acordada*?

—Ignoro lo que pudieran decir á vd.; pero lo único que puedo asegurarle es, que dí todos los pasos para conseguir lo que al fin ha logrado vd.

—¡Ah!.... ¡infames!... ¡me engañaban!...

—¿Quiénes?

Preguntó *Rossi*, manifestando ignorar á lo que aludian aquellas pocas, pero significativas palabras.

—Nada, nada....—dijo Pedro, tratando de refrenar su enojo,—continúe vd.

—Yo me habia propuesto ignorase vd. el nombre de la persona que procuró su libertad; pero al saber que no faltan hipócritas que, aprovechándose de los servicios agenos, se presentan como hombres filántropos, abrigando tal vez siniestras y ofensivas miras, he creído un deber de conciencia revelar francamente la verdad, no con la vana pretension de alcanzar su gratitud,

sino con la imprescindible y justa que tiene todo hombre honrado de arrancar la careta á los malvados.

Pedro se levantó de la silla como si le hubiesen tocado con una áscua. Aunque de toscos modales y de ordinaria educacion, tenia amor propio, abrigaba ese noble sentimiento de delicadeza, que no tolera menosprecio ni humillacion ninguna. Aquel hombre que no se avergonzaba en confesar que habia estado preso por robos, sentia agolparse la sangre á las mejillas, con solo pensar que habia un rival osado que le disputaba el corazon de su esposa.

—Señor Rossi—exclamó dejando ver en sus ojos el fuego de la ira y del despecho—veo que con vd. es inútil el disimulo: sus palabras me dan á entender que conoce vd. el papel ridículo que me ha hecho representar mi esposa en estos últimos dias que me ví preso: confio, pues, que será vd. ingénuo conmigo: ¿Es Enrique el nombre de esa persona, que fingiendo trabajar para libertarme, trataba solo de ofenderme?

—Me habia propuesto callar su nombre:

mi intencion al llamar á vd., ha sido avisarle de lo que ha llegado á mis oidos, para que tomara vd. las medidas que mas convenientes juzgase; pero puesto que se me pide ingenuidad, quiero manifestar que la tengo, asegurando que en efecto es Enrique el hombre á quien me refiero.

Pedro rechinó los dientes, y exclamó furioso.

—Yo pondré remedio eficaz y pronto que corte de raiz el mal.

—¿Qué piensa vd. hacer?

Preguntó Rossi fingiendo sorpresa.

—Lo que está obligado todo hombre que no ha renunciado á su amor propio.

—Es que, para ciertas ofensas....—dijo el sardo queriendo exaltar á su interlocutor—no hay otro medio que....

—¡La muerte!.... lo sé.

Dijo Pedro, dejando estallar toda su furia.

—¿Y piensa vd?....

—Lo he resuelto.

—¿A ella ó á él?

—¿No me han ofendido los dos?

—Sin duda.

—Pues si los dos me han ofendido, los dos recibirán igual castigo.

—Sobre todo, es preciso reserva; que nadie sepa que yo he sido quien ha comunicado á vd. tal noticia, que se ignore que nos hemos hablado, y hasta que nos hemos visto.

—¡Ah!.... seré mudo y obraré.

Y Pedro salió á la calle, diciendo interiormente.

—¡Los dos morirán!.... Sí, los dos, porque ella y él me han vendido!....

—Va como un toro de Atenco á quien ponen banderillas de fuego—dijo Rossi satisfecho del buen éxito que habian alcanzado sus palabras.—Estoy seguro de que no trascurrirán veinticuatro horas, sin ver logrado mi intento.

## CAPITULO XXII.

Un paseo á Santa-Anita y las Chinampas.

Pedro, al salir de casa de Rossi, indignado contra Enrique, como dejamos dicho en el capítulo anterior, marchó al embarcadero de la Vega, donde le esperaban sus amigos, tratando de distraer las terribles ideas que bullian en su mente.

El punto de reunion á que los habia citado, se encontraba en aquel momento lleno de canoas y de gente dispuesta á marchar á Santa-Anita.

Si me propusiera dar á conocer los diferentes tipos que forman el vasto país mexicano, no haria mas que describir el hermo-